

Cossart, Brice, *Les Artilleurs et la Monarchie hispanique (1560-1610). Guerre, savoirs techniques, État*, Classiques Garnier, 2021, 674 págs. ISBN: 9782406115540

Brice Cossart ha publicado esta obra que analiza la artillería de la Monarquía Hispánica y la evolución que presenta en la segunda mitad de la decimosexta centuria y los comienzos de la siguiente (1560-1610). Aborda con gran detalle y minuciosidad todas las cuestiones relacionadas con este Arma, desde las meramente cuantitativas a las formativas pasando también por otras de índole sociológico. Lo hace además apoyándose en un ingente caudal de documentación de la época –tanto manuscrita como impresa– conservada en bibliotecas y archivos, sin olvidar tampoco la producción bibliográfica sobre esta temática editada en nuestro tiempo, como es propio de una investigación doctoral. En alguna ocasión, el autor emplea, como recurso, una cita coetánea a los hechos que narra para ilustrar la parte o capítulo que desarrolla, ofreciendo a continuación el “estado de la cuestión” o “revisión historiográfica”, para finalizar luego con la formulación de ciertas preguntas sobre cuya respuesta articula el contenido. Esta metodología facilita bastante a un lector poco avezado en historia militar la comprensión general de este texto, y convierte su consulta en algo ameno y entretenido, aspectos nada desdeñables cuando se trata de un libro como el reseñado, en donde el carácter académico prevalece sobre el divulgativo.

Después de una “nota” aclaratoria sobre las antiguas unidades de medida para cañones y balas con su actual equivalencia, y un “prefacio” firmado por Bernard Vicent, nuestro autor señala en su introducción la estructura general de la obra y adelanta en ella alguna de sus más destacados fundamentos. A este respecto, la división tripartita de la misma se articula de la siguiente manera: “Parte primera. Los artilleros y las estructuras de la Monarquía Hispánica” (pp. 31-285); “Parte segunda. La ‘Escuela de Artilleros’, un nuevo paradigma de aprendizaje técnico” (pp. 289-424); y “Parte tercera. Los artilleros y sus conocimientos” (pp. 427-577). Cada uno de estos bloques se organiza luego en capítulos –tres o cuatro, según los casos–, terminando con una conclusión parcial.

Resulta obvio afirmar que la artillería ha jugado un papel primordial en la *revolución militar* que se operó en los albores de la Edad Moderna. No sólo por los cambios entonces introducidos en el arte de la guerra sino también por la influencia que tuvo en la consolidación del primitivo “Estado Moderno”. Conforme transcurren los años, adquirió todavía mayor relevancia, hasta convertirse en un asunto de especial trascendencia para la Monarquía Hispánica a finales del siglo XVI. Al decir del autor, esto provocaría además un “cambio de escala” o, dicho de otro modo, una evidente transformación de la capacidad artillera que se aprecia en el incremento significativo del número de bocas de fuego y de profesionales que las manipulaban. Crecimiento, por otro lado, también influido por la modificación de la propia estrategia del Imperio español, más polarizada al mundo atlántico y a la protección de las

rutas comerciales con el espacio americano en esos años finiseculares, en detrimento de los compromisos mediterráneos, que tampoco descuidó por completo.

Señalar, por tanto, el aumento cuantitativo de piezas y artilleros es, en esencia, el propósito que anima la primera parte de esta obra. De entrada, Cossart se hace eco de una dificultad, advertida también por los escritores de la época: la enorme variedad de bocas de fuego y los esfuerzos realizados para corregir, en lo posible, este amplio espectro a base de normalizarlas. Tomando como punto de partida un muestreo de más de tres mil piezas, establece las categorías más comúnmente utilizadas en aquel periodo, que agrupa en tres grandes divisiones –de las más pesadas a las más ligeras–, punto éste también coincidente con la tratadística militar coetánea. Ya entonces se había producido el desplazamiento de los cañones de hierro colado –considerados de “segundo orden”– en beneficio de las piezas de bronce, a pesar de sus elevados costes de fabricación. Tras ello, trata de los profesionales que las manejaban –tanto en las guarniciones de tierra como en las embarcaciones, e, incluso, menos precisos los datos para campañas ocasionales– a fin de cuantificar este número. El resultado que arroja su análisis indica, bien a las claras, que la demanda de artilleros no hizo sino aumentar a lo largo de la decimosexta centuria, para situarse en 1598 en una horquilla de 3.000 a 4.000 individuos, lo cual contrasta con las pocas decenas de profesionales que ejercían la profesión a comienzos del siglo XVI.

El “cambio de escala” en la dimensión cuantitativa que se había producido en el campo de la artillería en poco menos de cien años provocó, asimismo, una rectificación sustancial en la manera de organizar y gestionar este recurso militar. Los siguientes capítulos de esta primera parte los dedica el autor a considerar la estructura administrativa, refiriendo, en primer término, los cargos vinculados a esta organización, y empezando por la autoridad máxima, el capitán general de la artillería, puesto de gran relevancia política y social, además de militar. Lo examina en profundidad a través de las biografías de los que lo ostentaron, con la finalidad de establecer el amplio abanico de funciones que ejercían. Una de tantas, pero muy destacada, era la atribución de firmar las “cédulas de preeminencia”, documento que cada artillero solía llevar consigo como justificante de los privilegios inherentes a su condición. Cossart advertía que, en la Península Ibérica, existió una evidente tendencia a aglutinar la artillería en manos de esta figura, excepción hecha de casos concretos, también en suelo patrio, como el de la Casa de Contratación en Sevilla, que aspiró a tener jurisdicción propia sobre los artilleros que prestaban servicio en las armadas de la “carrera de Indias”, modelo que, por tanto, cuestiona esa dinámica centralizadora. Tampoco estuvieron incluidos en esta tendencia los sistemas que aparecieron en los distintos territorios de la Monarquía Hispánica –Italia, Países Bajos, América y Portugal después de la anexión de 1580–, cuyas particularidades son expuestas por el autor. De hecho, salvo el caso italiano, de alguna forma relacionado con el gobierno central, los restantes actuaron con plena independencia en cuestión artillera.

El último capítulo está dedicado a dibujar el perfil socio-profesional del artillero, cuestión poco tratada en la bibliografía reciente, lo cual hace que las aportaciones en él vertidas sean especialmente relevantes. Ciertamente es que existió una distinción entre los cuadros de mando de este Arma y el resto de los artilleros, como también sucedía en otros cuerpos militares. La diferencia estribaba en que los primeros solían estar relacionados con el estamento nobiliario, en grados diferentes, cosa que no era frecuente para la generalidad, con un origen más modesto. Esto produjo una “barrera profesional infranqueable –en palabras del autor– entre artilleros y cuadros de man-

do”. No obstante, seguía siendo la experiencia adquirida en combate el criterio esencial para acceder a los puestos que iban quedando vacantes. Además de ello, muchos individuos que ejercieron esta profesión procedían de otra actividad, en especial de oficios artesanos –sobre todo, carpinteros y albañiles– o dedicados a la milicia, como el caso de soldados y marinos. Así parece atestiguarlo la revisión de Cossart sobre 400 expedientes de candidatos admitidos a examen en la “Escuela de Artilleros” de Sevilla, perteneciente a la Casa de Contratación. Cabe mencionar, asimismo, que la finalidad de algunos artilleros estuvo ligada no tanto al cobro de un salario, con un nivel retributivo bajo para la mayoría, sino al disfrute de los privilegios de comportaba su dedicación.

La segunda parte de la obra trata de las competencias y habilidades que debía poseer un artillero para utilizar este armamento de un modo satisfactorio. Proporciona además un interesante relato que explica la manera en que se transmitieron estos conocimientos técnicos. Pues aquí también se observa un “cambio de escala”, motivado por la necesidad de enseñar a miles de personas. No servía para este propósito el sistema de aprendizaje de las corporaciones gremiales, ya que un “maestro” sólo podía enseñar, como mucho, a una docena de “aprendices” a lo largo de su vida laboral. De ahí que hubiera de buscarse otra alternativa para esta formación especializada. Las “Escuelas de Artilleros” que fueron apareciendo en diversos territorios de la Monarquía Hispánica resolvieron este reto. E impartieron una educación con un carácter netamente público, al estar auspiciadas por el propio Estado, que las distinguían del modelo tradicional, de naturaleza privada. Para abordar esta cuestión, Brice Cossart propone en su obra acercarse a este Órgano de las “Escuelas de Artilleros” estudiando con detalle las vicisitudes de una concreta, la sevillana, creada en 1576 al amparo de la Casa de Contratación. La elección no es, en absoluto, baladí, ya que esta Escuela vivía una “edad de oro” en una ciudad enriquecida por la actividad comercial con América. Por si todo ello no fuese suficiente, puede recordarse también que allí se localizó una de las más importantes fábricas de cañones de la Península Ibérica, que era administrada por la familia Morel. El autor se aproxima a esta institución a través de los “directores” de la Escuela, que fueron, por este orden, Andrés de Espinosa, Julián Ferrofino y Andrés Muñoz el Bueno, responsable de consolidarla. Al decir de Cossart, la Escuela nació para fortalecer la presencia de artilleros españoles en las tripulaciones de las embarcaciones que iban y venía de las Indias. Con bastante asiduidad, estas necesidades eran cubiertas por extranjeros, siempre sospechosos de provocar motines o sabotajes a bordo. Y aunque nunca llegaría a formar suficientes profesionales oriundos de nuestra nación, sí puede constatarse que su actividad sirvió para reducir la presencia de individuos de otros países. A medida que avanza el relato de esta Escuela, se apuntan temas no menos interesantes, como la manera en que se realizaba la enseñanza –en su vertiente teórico-práctica– y la comprobación del nivel alcanzado en el preceptivo “examen de artilleros” para ejercer la profesión.

Tras de detallar el funcionamiento de la institución sevillana, se pregunta el autor si esta Escuela fue un caso singular o, por el contrario, habitual. Y comprueba que este modelo de “Escuelas de Artilleros” afloró en otros dominios de la Monarquía Hispánica. Forzoso, pues, es profundizar en alguna otra para detectar coincidencias o discrepancias con la surgida en torno a la Casa de Contratación. Y de este modo, afirma que fue Italia el primer lugar donde se mencionan estos centros de enseñanza con el nombre de “Escuelas”. Más en concreto, en Milán es donde surgió la más antigua, inspirada en la constituida en la República de Venecia. Curioso es decir también que

la milanesa comparte el mismo principio fundacional antedicho para la sevillana: instruir a artilleros italianos para así contrarrestar la presencia de extranjeros. Sin embargo, el carácter permanente de las “Escuelas de Artilleros” que se establecieron en los estados italianos de la Monarquía Hispánica debieron más a la acción política de un personaje de singular importancia: el aristócrata siciliano Carlo d’Aragona e Tagliavia, duque de Terranova, persona de confianza del monarca Felipe II.

Por lo que se refiere a la Península Ibérica, el autor señala que –si se exceptúa la de Sevilla– esta expresión de “Escuela de Artilleros” no aparecía mencionada en los documentos hasta el año 1580, lo cual no quiere decir que, hasta entonces, no se impartiese formación alguna. Pues tanto en Burgos –la mayor guarnición con 60 artilleros–, como Barcelona, Fuenterrabía, San Sebastián, Pamplona, existen pruebas de esta enseñanza. Caso peculiar fue el de Málaga en donde sus 50 profesionales no percibían un sueldo por esta actividad, pero sí poseían los privilegios, como se indicó más arriba. En todo caso, parece evidente que la preparación que se recibía en las guarniciones era equivalente a la que se impartía en aquellas “Escuelas de Artilleros”. Porque, en ambos casos, se atendía a esa doble dimensión teórico-práctica, y este aprendizaje culminaba luego con la superación de un examen. La fortaleza de Perpiñán, cuya guarnición poseía un elevado número de bocas de fuego y técnicos –120 y 36, respectivamente–, que trae a colación Cossart le sirve para asentar aún más la forma en que se impartía ese adiestramiento. Más adelante, este mismo ejemplo volverá a traerlo a colación para ilustrar el grado de difusión que tuvieron las obras de Girolamo Cardano, el celeberrimo matemático de Brescia, conocido por su apodo *Tartaglia*, el tartamudo.

Precisamente, la tercera y última parte del libro de Cossart empieza con la mención a este personaje por ser el autor del primer tratado de artillería, que vio la luz pública en Venecia, en el año 1537. Lo publicó bajo el título de *Nova Scientia*, y sería más tarde completado por otro suyo, no menos famoso, denominado *Quesiti et Inventioni Diverse*. Ambos textos marcaron el principio de una *Nueva Ciencia* de la artillería, si bien hubo escritos anteriores que analizaron algunos aspectos de esta disciplina, sobre todo los dedicados a la pólvora y sus componentes así como a la trayectoria descrita por los proyectiles. Cossart dedica bastante empeño en analizar las diversas obras de artillería escritas en castellano, para rastrear en ellas el impacto que produjeron las de Tartaglia, que evolucionó desde la completa aceptación de sus teorías a la necesaria revisión de principios teóricos por él defendidos. De paso, esto sirve también al propósito de revitalizar el viejo debate historiográfico sobre la ciencia en la España de la decimosexta centuria. La visión tradicional defendida por la leyenda negra consideró siempre a España al margen del avance científico que se desarrollaba en Europa, en especial en los países de confesión protestante. En franca oposición con este parecer, la nómina de autores españoles que escribieron tratados de artillería, como el artillero Luis Collado o el jurista Diego de Álava y Viamont que iniciaron un camino luego seguido por otros muchos, bien pudieran contribuir a plantear un escenario diferente que considerase todas estas aportaciones hispanas a la práctica científica europea de la Edad Moderna.

Ésta es la razón, y no otra, que hace que Brice Cossart dirija su mirada a esta ingente producción bibliográfica castellana con el espíritu de equilibrar correctamente la aportación de la Monarquía Hispánica al avance científico de su tiempo. El método para hacerlo es bien sencillo. Se trata de comparar los textos españoles con los italianos para demostrar que su intencionalidad era similar: difundir los conociemien-

tos técnicos necesarios para aprender a disparar los cañones. Cada autor señala en su obra la misma temática y conocía, también, las aportaciones de otros compañeros de profesión, que habitualmente suele referir, bien para apoyar sus propias ideas o bien para criticar abiertamente expresadas por otros. Y así, bien puede hablarse de la existencia de un trasvase de conocimientos teóricos sobre esta disciplina que poco a poco va sistematizándose en un conjunto de saberes y de reglas definidas que posicionan a la artillería dentro del ámbito de la ciencia, sin olvidar el carácter práctico de la enseñanza, que inspira a cada libro editado. A fin de asentar aún más la manera en que se institucionalizaron estos saberes, Cossart propone el estudio comparativo de dos programas de enseñanza, el de la Escuela de Palermo de 1575 y el de Sevilla de 1595. Diferencias aparte, concluye que ambos tuvieron más puntos en común que diferencias. Aspecto interesante en este punto es la explicación dada sobre el acceso de los alumnos a estas obras durante su etapa de aprendizaje. Lo hacían bien a partir de un ejemplar anotado por el maestro que enseñaba esta materia o bien por medio de la lectura oral de un libro que los estudiantes escuchaban. En ambos casos, la figura del maestro fue determinante para la correcta interpretación de los contenidos de las obras consultadas.

Una conclusión general a toda la obra –en la que Brice Cossart apunta, como colofón de lo expuesto, los fundamentos principales y propone nuevos temas de investigación–, seguida por tres anexos, un glosario de términos técnicos, una completa bibliografía y varios índices, cierran su libro. La lectura de esta bien escrita obra de historia sobre la artillería no defraudará al lector, tenga un interés previo en esta temática o carezca del mismo.

Ricardo González Castrillo
Universidad Complutense de Madrid
ricago01@ucm.es